
Sobre la etimología de la tortilla

Rossana Quiroz Ennis

Cuando la masa está a punto...
toman una pequeña pella
y la ponen entre las palmas de las manos.
El proceso de trabajo que ahora se inicia resuena a gran distancia.
La pella,
a fuerza de palmotear sobre ella,
va convirtiéndose en un delgado disco de pasta,
que la operaria redondea y adelgaza
haciéndolo volar
como una exhalación
de una a otra mano.
Hay que reconocer
que el ágil tambor mayor
de la bienaventurada
música militar de Viena,
se queda chiquito
*al lado de las tortilleras.*¹

I

Cuando Egon Erwin Kish escribió este texto en los treinta, no lo hizo en formato poético, sino en una prosa común y corrida que concretamente se refería al proceso de manufactura de las tortillas domésticas. Descri-

¹ En México se suele llamar "tortilleras" a las lesbianas. Las personas utilizan una especie de mímica con las manos (como haciendo tortillas) para simular la falta de penetración en el acto sexual.

El texto fue citado por Victoria Novelo y Ariel García, en su libro *La Tortilla: alimento, trabajo y tecnología*, UNAM, Col. Nueva Epoca, México, D. F., 1987, p. 13.

bía, como entonces era usual entre los viajeros europeos que visitaban México, la imagen de una mujer que invertía entre seis y ocho horas de su día en hacer tortillas. Al modificar su prosa de esta forma he hecho un intento, más bien fallido, por construir con sus propias palabras lo que podría ser una imagen erótica entre dos lesbianas. Casi puedo ver a don Erwin Kish revolcándose en la tumba, de saber que su gentil interés por la costumbre mexicana ha servido para ironizar algo que en su época sería francamente vulgar.

Pero lástima. Porque manipular la palabra es una de las costumbres más significativas en México. Un país donde, entre la sociedad masculina y heterosexual en general, las lesbianas son adjetivadas bajo el título de "tortilleras" porque el sentido que se le da a las palabras para convertirlas en una forma peyorativa de nombrar las cosas y a las personas, es una práctica tan común, que incluso se reconoce como cultura popular. El famoso albur, la picardía del mexicano y hasta los "piropos" callejeros, son formas culturales de una sociedad básicamente patriarcal, en donde la figura femenina interviene de vez en cuando, de manera aislada e icónica, casi siempre en el marco de la maternidad o el hogar y jamás como lugar común en términos productivos, más que reproductivos. Lo otro, la mujer de "éxito", o las que escriben "la historia", o la militante feminista, o la que manifiesta abiertamente su identidad sexual son todavía excepciones a la regla. Incluso, algunos grupos de mujeres lesbianas opinan que es mucho más asumida y aceptada la homosexualidad masculina que la femenina y que, de hecho, ésta última sólo es conceptualizada de acuerdo a un modelo masculino.

A pesar de que desde hace más de cuatro décadas los movimientos de grupos supuestamente minoritarios han ido conquistando espacios cada vez mayores, la sociedad mantiene un criterio de rechazo a lo distinto. Les pesa el prejuicio en la balanza y, además, como menciona Jessica Kreimerman en su libro sobre mujeres y amor en México, "el decir las cosas abiertamente, honestamente, se ve de manera agresiva", pues se trata de un país "acostumbrado a hablar en diminutivos, donde es preferible decir las cosas por circuitos, por detrás, bajita la mano".² Y si bien esta manipulación de la palabra, este doble sentido de lo

² Jessica Kreimerman Lew, *La vida en rosa y el príncipe azul: Mujeres y amor en México*, Ed. Grupo Resistencia, México, D. F., 1997, p. 112.

innombrable, es hasta cierto punto un juego; hay que reconocer, de entrada, que las mujeres se encuentran excluidas de él. No se trata, tampoco, de ir por la vida compartiendo con el mundo las preferencias sexuales personales; o de que, por ser lesbiana, se tenga que ser militante. Una puede mantener su sexualidad en el plano de la intimidad si así lo prefiere. Lo cierto es que, pública o anónima, existe una cultura de la sexualidad específica para cada sociedad, y es en este campo donde el silencio y la palabra incompleta operan en México bajo el principio de la amenaza.

En este sentido cultural de la sexualidad, como explica Marta Lamas, no existe una forma natural de sexualidad, ni las sensaciones, fantasías y sentimientos relacionados a ella pueden ser buenos o decentes. De hecho, "las formas de los usos de los órganos y orificios del cuerpo"³ varían tanto en las culturas, que lo escandaloso o lo prohibido se diluye frente a la diversidad del mundo. Además, la cultura es dinámica, se transforma, funda nuevos valores. Los medios de comunicación influyen en ella tanto como la tradición. La palabra, como medio, tiene también este poder. Porque si algo es posible hacer con las palabras, es trampa, travesura, trastorno. Es juego y es proyección. Aunque son muchas veces esas palabras agujero, esas frases sombra, las que se abren por debajo y nos dejan caer en un mundo de silencios y de violencia. Nos avientan de *analogía* a *metáfora*. Luego al revés. Siempre en el marco de lo sexual masculino. Limitados por la historia del secreto, por la mirada monstruosa y vigilante, la mirada que construye con la culpa y la vergüenza el perfecto escenario de la incompreensión.

Resulta brutal cómo esa misma mirada de acecho puede convertirse en ceguera voluntaria cuando se trata de conciliar la realidad de una sexualidad reprimida con la sociedad que igual la construye y la juzga.

Palabra y mirada motivan esta pseudo-etnografía de lesbianas en México, misma que, de paso, intentará encontrar alguna relación posible entre la tortilla y el sexo.

³ Entrevista realizada a la antropóloga Marta Lamas durante el programa radiofónico sobre derechos Humanos de homosexuales en la estación 98.5 FM, Radioactivo, julio de 1998.

II

Los buenos observadores sabrán que, de acuerdo a la extracción social, hasta la manera de sostener la tortilla es distinta.

El hecho de que algunos padres pretendan no darse cuenta de que sus hijas tienen una “manera distinta de sostener la tortilla”, o de que otros, más bien “les volteen la tortilla” al tener que enfrentar sus propios miedos y prejuicios, no ha logrado impedir que finalmente se construyan los espacios en los que pueda la realidad lésbica ser experimentada y representada. Tras el espumoso telón rosado de las buenas costumbres, termina por desarrollarse siempre la dulce improvisación del deseo perverso. Entendido este último como forma y contenido real de la sexualidad, no como patología, sino como lo no heterosexual o lo no normativamente heterosexual.⁴ En realidad, en el momento en que se asume una preferencia sexual específica, la decisión viene de un proceso tan personal e intenso, que todo lo que parecía perverso, esta vez en el sentido de decadencia o depravación, desaparece frente a la experiencia de la autoaceptación. Cuando el deseo perverso, la fantasía erótica, encuentra su salida, su expresión en un espacio determinado, inicia también un ciclo de aceptación e identificación como ser humano y como ser social, más allá de la cualidad o calidad de ser lesbiana. Como forma y contenido reales de la sexualidad, el deseo perverso encuentra siempre esta salida y se manifiesta en un escenario, un ambiente, en una dinámica de interacción entre personajes, acciones y malos entendidos —léase también mitos.

Lo que yo, por ejemplo, supe siempre de las lesbianas fue que eran unas personas enfermas de la cabeza, tocadas por el diablo y sencillamente perversas, depravadas, capaces de gozar con su padecimiento.⁵ Tenía entonces cierta tendencia a ubicarlas en conventos. Las imaginaba sorprendidas por la madre superiora, el cuervo negro y arru-

⁴ Teresa de Lauretis, “La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana”, *debate feminista*, núm. 11, año 6, vol. II, abril de 1995, pp. 35 y 37.

⁵ Definición de perverso en *Diccionario de uso del español* de María Moliner, Gredos S. A., Biblioteca Románica Hispánica, 1973, Madrid.

gado en el marco de la puerta, con el rostro hecho una mueca de repulsión y enviándolas al infierno. A veces, cuando yo misma exploraba mi cuerpo, solían venirme esas imágenes a la cabeza y por pura asociación me daba por pensar que iba yo también directo al infierno. En poco tiempo aprendí a vivir con eso porque me daba la impresión de que cualquier cosa, incluso pensar, soñar o imaginar, podía ser suficiente razón para irse al infierno. Lo que haces es convertir las ideas y las experiencias en remordimientos, construyes un tumor de culpabilidad, lo alimentas, y después, haces lo posible por ignorarlo. La mecánica de la culpa comienza a funcionar como una especie de péndulo. Aparece y desaparece de uno y otro lado, hasta desgastarse y desaparecer del todo.

La primera relación que tuve con una lesbiana duró casi toda la adolescencia. Ella estaba enamorada de mí y yo lo sabía, pero a las dos nos daba por fingir que no pasaba nada. Hoy pienso que, antes de cualquier otra posibilidad, a ella le gustaba pensar que era correspondida, mientras yo hacía lo que podía para evitar que se sintiera rechazada. De hecho, literalmente, nunca "tocamos" el tema. Nuestra comunicación se llevaba a cabo de extremo a extremo de un túnel oscuro, que tenía una atmósfera llena de dudas, miedos y malos entendidos.

Sólo podíamos leer los signos

Ella, por ejemplo, tenía sus cuadernos forrados con fotografías de mujeres tenistas. En especial de Stephie Graff, porque tenía buen gusto. Y se me ocurre que como detrás de la cortina de metal del taller mecánico, descansan sobre la pared los cuerpos jamonosos y aceitados de mujeres sexualmente relacionadas con motocicletas y convertibles, igual puede una estudiante de preparatoria cubrir sus cuadernos con fotografías de alguna famosa actriz, cantante o deportista y, de esa manera, marcar en el espacio material que la rodea, la manifestación de un deseo, de una fantasía tan real o imposible como la del mecánico. Después de todo, a primera vista parecería "normal" la admiración de una chica por otra chica, siempre y cuando el objeto, la imagen que en realidad se admira, tenga ciertos atributos extraordinarios, mismos que constituyen la coartada de "normatividad". Lo que en realidad es adoración a una imagen, se toma como admiración a la cualidad o atributo. Así, una amante de la literatura admirará a la escritora Anais Nin, una deportista a Stephie Graff, una jovial adolescente a la actriz Jodie Foster.

De cualquier forma, los buenos observadores sabrán que existen estas señales, estas manifestaciones de la fantasía en la realidad material. Ciertamente esto no quiere decir que pueda reconocerse a una lesbiana por la silueta de su cuerpo, por la forma en que levante una piedra o se rasque un brazo. Ciertamente no todas las niñas "marimachas" que juegan como niños, resultan ser lesbianas, pero existe definitivamente una especie de pulsión liberadora, una red intrincada de comunicación por signos, que posibilitan la expresión de ciertas cosas, en ciertos espacios y con ciertas personas. La mayor parte de las veces esta pulsión se libera del todo cuando la adolescente lesbiana tiene la oportunidad de alejarse de su círculo familiar. Fuera de ese espacio nuclear, casi siempre represivo y "castrante", existe la posibilidad de integración, de ser una misma, de convertir los signos temerosos en simple cotidianidad y forma de vida. De salir por fin de las sospechas y los dulces malos entendidos para entrar de lleno a la experiencia de estar viva y sentir.

Así pasó con ella. Cuando terminó la preparatoria se fue a estudiar al extranjero y ahí cambió su vida. Conoció y vivió con una mujer diez años mayor que tenía dos hijos. Cuando regresó a México era evidente que esa mujer le había enseñado prácticamente todas las cosas buenas que podían hacerse con la tortilla. Flautas, salbutes, codzitos, garnachas, bocoles, cazuelitas, pellizcadas, chalupas, memelas y demás. Se veía bastante feliz y realizada. Como si la tortilla se le hubiera quedado en esa especie de espasmo silencioso que parte a la masa húmeda en dos y la infla desde adentro, hasta que ocurre una pequeñísima explosión y todo cae otra vez en su sitio.

Aunque no todas las lesbianas han sido "siempre" lesbianas, la mayoría transita al principio por un espacio que podríamos llamar íntimo o privado. Un espacio de soledad decorado con muchas preguntas. Existe otro espacio que se relaciona más bien al ámbito social, el espacio público o de interacción. La diferencia entre estos dos espacios se refiere por lo común al hecho de estar dentro o fuera del clóset. Como no todas las mujeres lesbianas tiene la posibilidad o el deseo de ser militantes, existen, además de la política, otros espacios públicos como el arte o la vida nocturna. Lo trascendente es que al identificarse con un grupo y dejar de sentirse "diferente", el péndulo de la culpabilidad se debilita y la angustia comienza a diluirse. Constantemente, durante el proceso de liberación, entre estar fuera, dentro o asomada del clóset, mientras la tortilla termina de cocerse al fuego, se da la confrontación con la familia y se preparan las estrategias para eludir el escándalo. Es

raro que los parientes reaccionen comprensivamente a la primera. Incluso, a muchos les parece "comprensivo" diagnosticarle a la chava una confusión psicológica o una enfermedad del alma, algo que se debe y se puede curar. Cuando ocurrió eso con mi amiga su madre me mandó llamar y me preguntó si yo ya sabía que su hija estaba enferma. Estábamos en el baño de su elegante departamento decorado por una famosa diseñadora que aparecía en revistas y todo. La mayoría de las paredes estaban cubiertas de espejos, brillantes y relucientes. Tantos espejos parecían hacer que el espacio perdiera sus proporciones y las cosas su verdadera perspectiva. Mientras hablábamos de su hija enferma, en el baño, la señora se preparaba para una cena. De pronto le venían unos espasmos de llanto, el rimel se le corría y tenía que volver a empezar. Yo la miraba, repetida en todas las paredes del baño que tenían espejos. Rodeada de polvos, cremas y perfumes. Todo limpio y perfecto. Sólo una pequeña infección. Algo extirpable. La escena tenía para mí cierto toque cómico. Como si los espejos estuvieran ahí precisamente para no mirar nada.

Por supuesto, cada caso tiene sus propios ingredientes cómicos y trágicos. En realidad, eso de que de acuerdo a la extracción social, hasta la manera de sostener la tortilla es distinta. De hecho, los estilos de sostener la tortilla

también informan de las diferencias entre las experimentadas y las novatas; entre las que dominan la situación porque llevan años alimentándose con ellas y las que casualmente tienen el antojo.⁶

Importa mucho el medio en el que una lesbiana se desenvuelve o, en su defecto, se enreda. Hay que recordar que la tortilla, si no se mueve, se chamusca y petrifica.

Sin embargo, muy a pesar de quien le pese, las cosas comienzan a cambiar para muchas lesbianas en México. Particularmente en las ciudades y en el ámbito de la lucha por el respeto a los derechos humanos. Somos, por ejemplo, el país de América Latina con la primera diputada abiertamente lesbica. La diputada Patria Jiménez, quien además, fundó espacios culturales y de reflexión como el Clóset de Sor Juana, para mujeres lesbianas, bisexuales o transgénero. Hace poco, muchas muje-

⁶ *La tortilla: alimento, trabajo y tecnología.*

res de ésta y otras organizaciones, festejaron juntas la publicación de la Cartilla de Derechos Humanos para evitar la discriminación por orientación sexual.⁷

Curiosamente, aunque el documento es difundido por grupos dedicados a la militancia, resalta como primer punto el derecho a reservarte la manifestación de tu orientación sexual ante cualquier autoridad. Es decir, lo contrario al derecho de poder manifestarla abiertamente ante cualquier autoridad.

En este sentido, regresamos otra vez al ámbito del espacio público y el privado. De cierta forma ambos se determinan entre sí y muestran distinciones de individuo o de grupo a partir de factores como clase, edad o cultura. Identificamos, por ejemplo, mujeres que han sido siempre lesbianas y otras que devienen lesbianas. En ambos casos existen influencias de clase social, sistemas religiosos o valores familiares. En cuanto al espacio público, también es posible identificar distintas características en el sentido de clase social, edad, cultura e ideología. Centros nocturnos, organizaciones políticas o culturales, así como el medio artístico, suelen ser los espacios públicos más accesibles. No así el medio laboral, familiar o religioso.

Las acciones que se desarrollan en estos espacios públicos canalizan y desahogan el disimulo que debe practicarse en la vida social común y cotidiana. Espacios donde divertirse, cachondear, ligar, olvidarse. Lugares para la militancia, para discutir y reflexionar sobre problemáticas comunes. Lugares de expresión y de creación, de reto a las predisposiciones.

En la ciudad de México existen bastantes centros nocturnos para homosexuales, pero pocos de ellos son exclusivos para lesbianas. La gran mayoría abren únicamente para *gays* y, sólo en algunas ocasiones, se mezclan ambos grupos. Hace poco, asistí a uno de estos últimos y tuve la oportunidad de conversar con una joven pareja de lesbianas. Esa noche se llevaba a cabo en el lugar un concierto de una cantante nacional cuya inclinación a la bisexualidad se conoce extraoficialmente. A pesar de haber personas de toda inclinación, incluida yo misma como heterosexual, resaltaba la presencia de mujeres, *fans* de la cantante. Justo a mi lado había un grupo de ellas que de manera entusiasta celebra-

⁷ Realizado por la Comisión de Derechos Humanos del D. F. y la Fundación Arcoiris.

ba y mandaba besos a la intérprete. Luego del concierto me acerqué ahí para averiguar si pertenecían a algún movimiento de lesbianas. Entonces fue evidente que la pregunta no venía mucho al caso en el contexto. De hecho, al principio de la conversación, existía una cierta predisposición a la desconfianza. Sin embargo, al poco tiempo una de ellas, la mayor de la pareja, se mantuvo accesible a la plática, mientras la otra, se levantó a bailar luego de los primeros minutos, poniendo en evidencia que no había ido al lugar para discutir sobre sus problemas de identidad sexual, si acaso existían. De cualquier forma, no pertenecían a movimiento alguno, así que más bien la conversación comenzó a dirigirse hacia el tema del hermetismo que existe en México respecto al lesbianismo.

—Mira —me dijo—, en el medio profesional, en tu chamba, no tienes por qué decirle nada a nadie. Lo demás depende de muchas cosas. Tu familia, tu educación, tu cultura. A veces se puede, a veces no. Pero al final, tampoco importa.

Me pregunto si el primer derecho humano para evitar la discriminación por orientación sexual es reservarse la abierta manifestación de serlo o hacerlo, ¿qué caso tiene hablar de la tortilla?

Bibliografía

- De Lauretis, Teresa, "La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana", *debate feminista*, año 6, vol II, México, D. F., abril 1995.
- Kreimerman Lew, Jessica, *La vida en rosa, El príncipe azul: Mujeres y amor en México*, Global Entertainment y Grupo Resistencia, México, D.F., 1997.
- Novelo, Victoria y Ariel García, *La tortilla: alimento, trabajo y tecnología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Complementos del seminario de problemas científicos y filosóficos, México, D. F., 1987.
- Revistas *Les voz* núm. 4 y 7, México, D. F., 1997 y 1998.
- Cartilla de Derechos Humanos para evitar la discriminación por orientación sexual*. Comisión de Derechos Humanos del D. F. y la Fundación Arcoiris.